

# El Viaje de la Utopía. Alfonso XIII y la Universidad

Pablo Campos Calvo-Sotelo

## Una idea y un viaje: del “Manuel Arnús” al “Leviathan”

El 29 de Septiembre de 1927, un grupo de asesores del Rey Alfonso XIII de España zarparon desde el puerto de Santander en el “Manuel Arnús”. Su destino era la ciudad de Nueva York, primera etapa de un viaje que habría de tener consecuencias trascendentales.

Durante un periodo de dos meses, el arquitecto López-Otero y los señores Casares Gil, Simonena y Bermejo, recorrieron las ciudades de New Haven, Boston, Montreal, Toronto, Chicago, Ann Arbor, Rochester, Washington, Baltimore, Princeton y Nueva York. Animados por el incansable mentor del monarca, Don Florestán Aguilar, habían concertado visitas a través de Mr. Alan Gregg, entonces director de la Fundación Rockefeller. Su objetivo era la búsqueda de inspiración donde cimentar el diseño de lo que habría de ser la Ciudad Universitaria de Madrid.

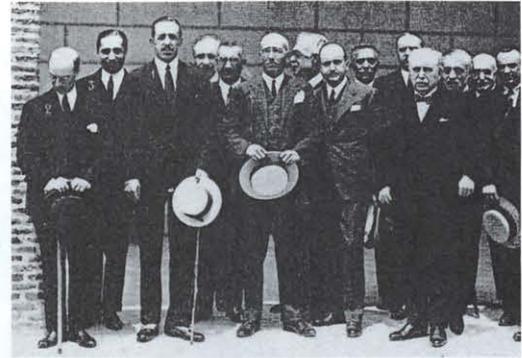
Antes de cruzar el Atlántico, la Comisión había viajado a varios centros universitarios, como Utrecht, Leiden, Hamburgo, Berlín, París o Lyon. Lo que pudieron asimilar pasaba por el estudio de los componentes aislados que conformaban las Universidades (Hospitales, Facultades de Medicina, Institutos, Laboratorios), al no existir conjuntos completos en Europa.

La idea del Rey de crear una magna obra cultural en la capital de España implicaba investigar el modelo americano como referencia para la nueva Ciudad Universitaria. Filantropía, monumentalidad y unidad en el trazado. Estas, entre otras directrices, influyeron en la génesis del proyecto, para el que Alfonso XIII cedió del Patrimonio Real las 320 hectáreas de la inmensa finca de La Moncloa. La ausencia de grandes desarrollos universitarios unitarios en el Viejo Continente condujo al equipo de la Junta de Construcciones a concentrarse más en el modelo transoceánico, del que hasta entonces no existían referencias en Europa.

Cuando dos meses después de su llegada, los miembros de la Comisión pusieron rumbo a España a bordo del “Leviathan”, traían en su equipaje la semilla conceptual que, trasplantada con voluntad y sentido, germinaría en el establecimiento en Madrid del primer recinto universitario concebido al estilo del campus americano.

## El desembarco de un modelo

La enorme empresa de la Ciudad Universitaria encontró su punto de arranque en 1927, con la



S. M. Alfonso XIII con el Patronato de la Universidad, 1928.



University of Chicago, 1893.



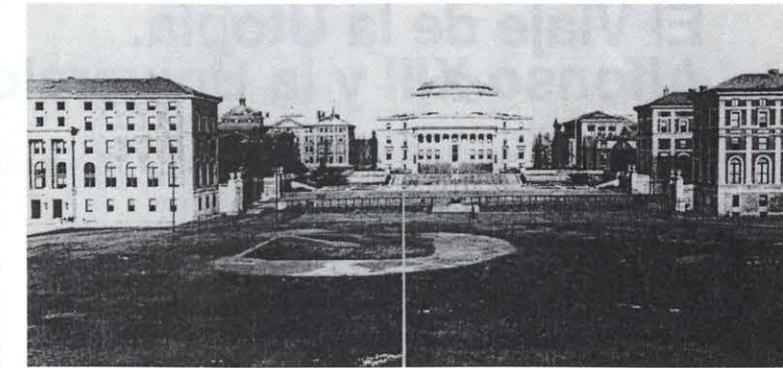
Columbia University, 1918.

fundación de un Patronato, llamado Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, patrocinada por el Rey. La idea, que comenzó a gestarse en 1924, fue perfilándose en los años posteriores; el 25 de Junio de 1927, Don Florestán escribía en la siguiente carta, enviada a Chicago: “La Ciudad Universitaria tendrá Escuela de Medicina, Ciencias y Farmacia, Investigación, residencias de alumnos, casas de profesores, campos de deporte y cultura física, estadio, parques y bibliotecas”.

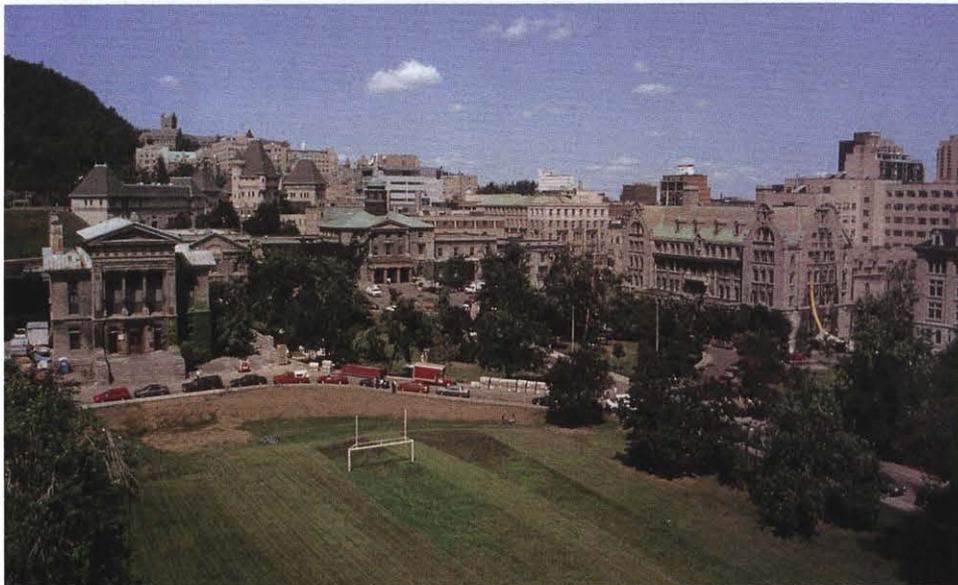
Podría afirmarse que la inspiración de sus

técnicos respecto al estilo arquitectónico bebió en las fuentes europeas. Como señala a este respecto Carlos Flores, “Los arquitectos de la Oficina Técnica de la Ciudad Universitaria, partiendo de unos tipos de composición en planta convencionales y establecidos (...) van a acceder a resultados finales no excesivamente alejados de aquellos que una «vanguardia anónima» estaba desarrollando por entonces en Europa.”

Pero la influencia que a la postre resultó más determinante llegaría de la mano de las



Columbia University, 1918.

Harvard University,  
Grays Hall, 1862.

Mc Gill University, Montreal, 1821.

características del campus. Como señala Bonet Correa, “la Ciudad Universitaria de Madrid inauguraba en España un tipo novedoso de Universidad, el del campus norteamericano, diferente de las Universidades europeas instaladas en pleno centro urbano o concebidas de forma compacta en recintos reducidos.”

La estructuración filosófica, funcional y espacial de la Universidad tuvo como padrino al campus, caracterizado por unos rasgos identificativos propios: los proyectos unitarios, concebidos desde una planificación previa de gran entidad dimensional; la integralidad funcional, combinándose entre otras la fórmula “college + sport”; la huella indeleble del “quad” anglosajón; la incorporación del soporte natural dentro del diseño urbanístico; por último, y entre otros vectores de influencia directa, el peso específico del espacio libre en la composición general de la Universidad. A lo anterior podrían superponerse las señas de identidad apuntadas por Paul Venable Turner: equilibrio entre cambio y continuidad -distorsionado con el paso del tiempo en el caso madrileño-, dinamismo, apertura y extroversión y, finalmente, la constatación de cómo un diseño físico puede

personificar la filosofía de una Institución.

Por tanto, el ambicioso proyecto español inauguró el siglo XX como modelo urbanístico heredero del paradigma transoceánico.

### El otro viaje: la transformación del espacio universitario

Define Kant la utopía como “ la marcha irrefrenable de la Humanidad hacia la Ciudad Ideal, que conduce hacia la paz universal...” .

La Universidad, como Institución que persigue la perfección ética e intelectual del individuo, ha utilizado desde sus orígenes en la Alta Edad Media la utopía como energía de transformación para regenerar sus ideales, sus organizaciones académicas y, como consecuencia directa, los ordenados espacios físicos donde alojar tan elevada misión. Así, la búsqueda de una armonía espiritual ha caminado de la mano de la conformación de un ámbito construido que propicie y potencie la trascendental actividad a la que da cobijo.

Tomando como hilo argumental la referencia metafórica al viaje del Otoño de 1927, procede analizar en paralelo la raíz y transformaciones

históricas que ha experimentado el espacio universitario a lo largo de sus diversos traslados, haciendo especial énfasis en su relación con la Ciudad.

Partiendo del arranque en la Europa medieval, el éxodo de la “semilla” de su alma edificada (el claustro latino y el “quadrangle” anglosajón) al Nuevo Mundo a partir del siglo XVII, la metamorfosis de tan enérgico espacio, el nacimiento y diversificación de la nueva propuesta (el campus), el “viaje de vuelta” a Europa del moderno diseño a inicios del siglo XX, su “puerto de entrada” a través de la Ciudad Universitaria de Madrid, y la prolífica herencia que desde entonces ha generado en la cultura universitaria contemporánea.

El ideal del campus ha propiciado la puesta en marcha de multitud de realizaciones, tendentes a empaparse de las ventajas derivadas de su trasfondo teórico y de su tipo y escala urbanas. Una de ellas fue el de las nuevas Universidades inglesas, a caballo del Informe para la Educación Superior elaborado por Lord Robbins en 1963. En su decálogo, quedaba subrayada la intencionalidad de configurar un hábitat físico favorable al estudio, agradable para vivir en él de un modo integral y visualmente atractivo.

Sin embargo y pese a ello, es excesivamente frecuente el hallazgo de conjuntos académicos que, con el pretexto de la filiación a las directrices del campus, no plasman ni en su relación con la ciudad ni en su trazado interno sino una profunda carencia de la comprensión de sus raíces. Por ello, parece aconsejable poner en práctica una permanente revisión de los principios teóricos y espaciales que han generado buena parte de la realidad europea e incluso americana actual.

### Reinterpretando la huellas

Con este trasfondo temático, hace escasas semanas me decidí a poner en marcha un estudio teórico y arquitectónico de tan singular hecho histórico y de sus potenciales consecuencias. El objetivo de este análisis no es sino interpretar la extraordinaria dimensión cultural que tuvo entonces, hoy vigente, así como subrayar la influencia que ha ejercido sobre generaciones posteriores.

Comencé por recordar aquel importante itinerario, visitando las mismas Universidades que los expertos designados por Alfonso XIII conocieron hace casi 75 años. He aquí unas primeras y muy sintéticas notas de viaje:

El recorrido por este vasto país, que contaba en 1927 con 530 Universidades y Colleges,



Columbia University, 1906.

comenzó en la costa Este (Yale y Boston); la primera imagen que debió grabarse en la retina y en las notas de López-Otero fue la huella del “quadrangle” de raíz anglosajona (Oxford y Cambridge), presente en estas primeras formaciones coloniales desde el primer tercio del XVII. En 1912, ya estaba ubicado en su emplazamiento actual el Massachusetts Institute of Technology, que se había trasladado desde la otra orilla del río Charles en 1912.

Cruzando la frontera, se llega a Montreal, con sus dos centros académicos entonces periféricos: la Universidad inglesa (McGill), cuyo espacio libre central supuso a partir de 1821 un planteamiento innovador en cuanto a la heterogeneidad de piezas arquitectónicas que lo conformaban, y la Institución francesa (Universidad de Montreal), que estaba entonces desarrollándose, según diseño de Cormier y Parizeau, fiel a un esquema de edificio-bloque. Tras visitar Toronto, volvieron a los Estados Unidos, concentrándose en Rochester en el complejo monoestructural de Medicina, que contenía la Facultad y dos hospitales. (El estudio de centros universitario-clínicos fue una constante durante este viaje y su precedente, en Europa).

La Universidad de Michigan, en Ann Arbor, fue también denominada vocacionalmente como la “Nueva Atenas”, al igual que sucedió en Madrid. En Chicago, saltaba a la vista la omnipresencia del “quad”, con su manifestación arquitectónica abrumadoramente “revival”; pero también debió impactar a la Comisión el extenso espacio libre lineal sobre el que se proyectaba la inmensa fachada universitaria (Midway Plaisance).

Traslados al área de Washington, desgraciadamente se pierden las referencias exactas de los centros que pudieron conocer entonces. El consiguiente ejercicio de intuición nos conduce a la imponente Georgetown University, verdadera acrópolis académica sobre el río Potomac; a la American University, creada en 1893, y cuyo campus contiene un pequeño pero característico espacio libre cardinal donde se alojan los edificios más representativos; por último, la George Washington University, difusa en el tejido urbano, que conserva el testimonio del punto de arranque del “Foggy Bottom campus”, cual fue en torno a 1912 el “quad” del edificio Lisner Hall.

Aunque no existan noticias al respecto, cabe preguntarse si pudieron obviar conocer la paradigmática “Academical Village” que diseñara Jefferson en Virginia, Charlottesville, entre 1817-19.

Massachusetts Institute of Technology, Killian Court, 1912.



University of Virginia, 1917.

En Baltimore, posiblemente recalaran en la Universidad Johns Hopkins, asimismo portadora de las huellas espaciales europeas, pero que combina en su diseño una interesante dualidad, al presentar la mitad del campus una vocación urbano-geométrica y la otra, un trazado orgánico en estrecha integración con la Naturaleza.

En Manhattan, y además del monumental Medical Center -todavía hoy ubicado entre las calles 165 y 168-, visitaron la Universidad de Columbia en Morningside Heights y a sus diseñadores de la firma McKim, Mead & White, quienes lo trazaron en 1893. Desde la cosmopolita Nueva York, se desplazaron a Princeton, cuyo campus es, también en la actualidad, un interesantísimo ejemplo de concepción espacial dotada de una peculiar personalidad, menos jerarquizada y más libre que la línea tradicional de muchos campi contemporáneos.

Desarrollando esta brevísima lectura inicial, la investigación tendrá como finalidad última replantear, a las puertas del siglo XXI, el papel que la Arquitectura -concebida desde la autenticidad-, debe desempeñar en una Institución de tanta trascendencia. Ciertas tendencias actuales pronostican la disolución de los edificios docentes

en la corriente de las modernas tecnologías de comunicación (campus virtual). Frente a ellas, se hace necesario levantar la voz en defensa del potencial funcional, simbólico y cultural que la Arquitectura tiene y debe seguir tendiendo en los procesos de producción, transformación y transmisión del Saber en la Universidad y, por extensión, en la Ciudad y en la Sociedad.

Hoy, a las puertas del siglo XXI, el ciclo continúa en proceso de continua renovación. Volviendo a las raíces del Viejo Continente, está viendo la luz un creciente retorno a la tradición espacial de la Universidad, sobre los centenarios cascos antiguos de las ciudades a las que históricamente estuvo vinculada. La diferencia quizá radique en que ahora se cuenta con el beneficioso aprendizaje derivado de estos 75 años de referencias al campus americano, con sus innegables lecturas positivas, y también con sus -excesivamente frecuentes- mímisis descontextualizadas.

En España, sobresalen una serie de brillantes intervenciones, entre las que quizá destaca el proyecto universitario de Cartagena: un nuevo corazón docente en una metrópoli mediterránea de 3.000 años. Con Cartagena y otros ejemplos, el viaje comienza de nuevo... ■